

CZÖNDÖR KLÁRA

## EL PASADO Y EL PRESENTE DEL JUDEOESPAÑOL

### *ANTECEDENTES HISTÓRICOS*

El 31 de marzo del año 1492, los Reyes Católicos – Fernando II de Aragón e Isabel I de Castilla – decretan la expulsión de los judíos de España, dos semanas antes de la gran fiesta que recuerda su primer éxodo.

Después de la destrucción del templo en Jerusalén, las condiciones de existencia para un estado israelí se desvanecen, y para el pueblo judío empieza una odisea que dura más de dos mil años. Muchos soldados judíos fueron capturados y vendidos como esclavos por los romanos. Con ello, una nueva oleada de judíos llegó a Europa, y es entonces cuando empieza su dispersión, principalmente por las regiones colindantes del mar Mediterráneo. Los miembros de este pueblo llegaron a los lugares más remotos del Imperio Romano, no sólo como esclavos, sino también como comerciantes. En el siglo III ya en todo el territorio del imperio vivían judíos. Debido a la multitud de vicisitudes que sufrieron en las provincias orientales, muchos se trasladaron al oeste, donde pudieron vivir como ciudadanos gozando de plenos derechos, e incluso se les dispensó de todo tipo de obligación que hubiera significado la violación de su religión.<sup>1</sup>

Tras la caída del Imperio (395) los judíos permanecieron bajo el dominio de distintos reinos. Por todas partes formaban parte de una minoría: les trataban como gente ajena debido a su origen y religión. Estaban contentos si les trataban bien, pero también lo soportaron, en caso contrario. Si les expulsaban, liaban sus bártulos y se trasladaban a otro lugar. En muchos países, el destino de los judíos dependía de la resistencia de los soberanos laicos frente a la influencia antisemita del clero. Los soberanos, no tanto por motivos humanitarios sino más bien por causas de utilidad, no perseguían con agrado a los súbditos que servían al bien del país.

Su situación fue favorable entre los visigodos hispánicos hasta que éstos adoptaron el catolicismo en 589. Desde entonces el destino de los judíos

fue empeorando. El objetivo de la Iglesia era convertirlos, y al darse cuenta de que seguían fieles a su religión, iban castigándoles con leyes cada vez más crueles. Hasta que por fin llegaron a prohibirles el ejercicio de la religión judía. Los que clandestinamente seguían fieles, llegaron a ser esclavos, les robaron a los hijos, a quienes educaron en conventos para convertirlos en cristianos. Sin embargo, este dominio opresivo no pudo sobrevivir por mucho tiempo. El reino visigodo occidental llegó a ser víctima de conflictos interiores, estalló una rebelión que fue aprovechada por el general árabe Tarik venido de África, que pasó a Hispania, y en una sola batalla derrotó completamente al ejército desavenido de los visigodos occidentales. Los árabes se apoderaron de toda la Península, y con esto acabó la persecución de los judíos.

En 756 se formó un califato árabe independiente en la Península, con su sede en Córdoba. Bajo la dirección de sus hábiles emires, el país se convirtió en uno de los estados económicamente más avanzados de Europa. Junto con el florecimiento económico se desalloraron las ciencias y las artes. También los judíos desempeñaron un papel importante en este progreso general. Como campesinos entendidos en la tierra, como comerciantes que disponían de buenas relaciones internacionales, como diplomáticos de talento y médicos reconocidos sirvieron su patria en todos los campos de la vida. Los judíos gozaron de una igualdad de derechos casi completa. Como lengua coloquial utilizaban el árabe, al ser una lengua pariente del hebreo, pero la mayoría sabía bien este último. En el plano social formaron una unidad cerrada.

En el siglo XI el califato unificado de Córdoba se dividió en varias partes, sin embargo, los judíos siguieron teniendo papel reconocido en los nuevos pequeños estados. A fines del siglo XI unas tribus mahometanas –bereberes– venidas de África acudieron en la ayuda de los árabes debilitados en España. Estas tribus fanáticas odiaban todas las religiones ajenas, por consiguiente, la judía también. Aunque los judíos encontraron refugio en las cortes de los reyes cristinos españoles, su seguridad se vio quebrantada. A pesar de que la vida espiritual sigue el nivel anteriormente alcanzado por un siglo más, la inseguridad de su situación social hace sombra a su vida tan brillante algún tiempo atrás. En el siglo XII los judíos españoles llegaron a una época de inquietud política, de una decadencia lentamente acaecida.<sup>2</sup>

Debido a la influencia de la cultura árabe y la libertad, en España se formó un tipo de judío enteramente distinto del de los otros estados europeos. Los judíos españoles fueron ricos, distinguidos, de pensamiento laico; mientras que los miembros de los otros países europeos vivieron una vida deprimida y triste. Los dos tipos difieren también con respecto a la

pronunciación del idioma hebreo. Los judíos españoles (sefardíes) insistieron más en la antigua pronunciación hebrea que los llamados judíos asquenazíes en otros países.

En el siglo XII los judíos, insidiados por las aún inquietas tribus bereberes, encontraron refugio en los reinos cristianos del norte de la Península. Sin embargo, la agitación permanente de la Iglesia no dejó de tener sus consecuencias. En el siglo XIII y XIV aún encontramos judíos que ocupan altos cargos en las cortes, pero ya en el fondo se vislumbran las llamas amenazadoras del futuro. Aquí y allí ya se oye de manifestaciones antisemitas y más tarde de medidas antisemitas oficiales. A fines del siglo XIII fue imposible no percibir que la nube oscura, que ya hacía bastante tiempo estaba cubriendo el cielo sobre el pueblo judío de Europa, iba acercándose hacia los judíos españoles.

Hasta comienzos del siglo XII los judíos principalmente se dedicaron al comercio y una minoría a la industria y al cultivo de la tierra. Sin embargo, por estas fechas los rivales cristianos empezaron una campaña organizada para substituirlos en sus actividades tradicionales. Los judíos, al no poder ser vasallos y por consiguiente no poder servir en el ejército, no pudieron recibir tierras según la ideología medieval. Las ciudades italianas y alemanas de la Hansa les alejaron del comercio internacional; mientras tanto las cofradías – del comercio al por menor y de la industria – no aceptaron a afiliados judíos. Así, privados de todos sus recursos anteriores, poco a poco se vieron obligados a ocuparse de aquella rama de la vida económica que por mucho tiempo fue detestada por los cristianos: los asuntos financieros.

Su impopularidad iba creciendo por efecto de las supersticiones medievales y las calumnias artificialmente provocadas. De este modo, a partir del siglo XIII, en toda Europa su destino fue la humillación, la expulsión y la persecución. En 1290 fueron expulsados de Inglaterra, en 1395 de Francia. Desde luego, su opresión no fue igualmente cruel en todas partes: en Italia, en el Sur de Francia y en España vivieron bajo condiciones más favorables hasta 1391. Más tarde, también en España, el odio contra los judíos fue creciendo debido a la agitación sistemática y tenaz de la Iglesia católica española; y a fines del siglo XIV culminó en matanzas violentas. Como consecuencia de las persecuciones, muchos se convirtieron al catolicismo. En un principio éstos, como „conversos”, fueron aceptados con agrado; pero más tarde, cuando como cristianos recibieron altos cargos en las cortes, empezaron a perseguirles. Les acusaron de seguir clandestinamente su religión. Les apodaban „marranos” y, si por si acaso se enteraban de que algunos de ellos seguían costumbres judías, les entregaban a la Inquisición, al tribunal establecido contra los herejes de la religión cristiana.<sup>3</sup>

Como último acontecimiento de la Reconquista, los árabes – que se hallaban en el rincón meridional de España, en los alrededores de Granada – fueron expulsados de la Península en 1492 junto con los judíos. Los 300.000 judíos supervivientes abandonaron el país que un día remoto fue patria de su mayor esplendor y que ahora se habrá convertido en el país de su más profunda humillación.

Con esta tragedia finaliza la historia de los judíos medievales. En Europa occidental no había judíos, en Europa Central les rodeaba la inseguridad, el odio y la humillación. Tan solo dos países de Europa oriental, Turquía y Polonia, les acogió en número más alto.

El péndulo de la historia de los judíos, que hasta ahora se balanceaba de este a oeste, a la aurora de la edad moderna se encaminaba de oeste a este.

### EL ÉXODO

„E ivan por los caminos e canpos por donde ivan con mucho trabajo e fortuna, unos cayendo, otros levantando, unos muriendo, otros nasciendo, otros enfermado, que no avía cristiano que no oviese dolor dellos, e sienpre por donde ivan los conbidavan al bautismo”.  
(Crónica del cura Bernández)  
El país, 1996

Obligados a dejar sus casas, los judíos españoles buscaron salida en tres direcciones. Los de Castilla se fueron a Portugal, donde recibieron asilo temporal a cambio de dinero. Cinco años más tarde fueron bautizados por la fuerza, lo que provocó un nuevo éxodo que llevó a algunos a fundar una floreciente comunidad judía en Holanda. A partir de 1580, la Inquisición portuguesa deportó a muchos judíos conversos a Brasil, acusándoles del ejercicio clandestino de ritos religiosos judíos, de lo que más tarde muchos se trasladaron a Buenos Aires. Los de Aragón y Cataluña salieron por mar hacia Italia, donde encontraron asilo entre otros sitios, en los Estados Vaticanos. En el estado eclesiástico, sometidos a la autoridad del papado, les esperaban desaires y humillaciones, pero podían sentirse a resguardo. Los papas de la época renacentista ya sintieron simpatía hacia la lengua hebrea y la literatura de los judíos, y así, indirectamente, también hacia el pueblo judío. Sin embargo, cuando el reino de Nápoles pasó bajo dominio español, los judíos tuvieron que huir de allí, siguiendo su camino hacia el este, hacia la Península de los Balcanes, Turquía y Palestina. Fi-

nalmente, otros embarcaron desde Cádiz y Cartagena buscando los puertos de Orán y Arcila. Allí vivieron, con distinta suerte, en tierras musulmanas, renovando una convivencia que se había producido en Al-Andalus durante ocho siglos.

La mayoría de los judíos venidos de España que se encaminaron hacia el este, encontraron nueva patria en el territorio del Imperio Otomano. Los turcos, careciendo experiencias políticas y económicas en el gobierno de un estado crecido bruscamente, acogieron con gusto a gente de otra religión, y de este modo también a los judíos. Los sultanes tributaron especial atención a los judíos sefardíes, dado que les consideraban como representantes de la avanzada civilización occidental. En las ciudades más importantes del Imperio Otomano se crearon comunidades judías prósperas, donde sus miembros se agrupaban en asociaciones religiosas y cultivaban sus costumbres. En los primeros años vivieron separados, en agrupaciones que recordaban el lugar de su procedencia. Así, en la Constantinopla de principios del siglo XVI existen sinagogas castellanas, portuguesas, aragonesas, e incluso otras de cordobeses, barceloneses y lisboetas. Estas comunidades sefardíes aparecen en ciudades de Rumanía, de Bosnia y de Serbia, en el norte de Grecia, en el litoral de Asia Menor, y en Palestina, Siria y Egipto. Los turcos mahometanos demostraron indiferencia benévola y tolerancia frente la religión católica y judía; la tierra y el idioma mismo no se consideraron fuerza cohesiva, y no obligaron a los recién llegados a asumir el idioma turco. No les forzaron a cooperar y participar en la vida del país. Esta falta de asimilación hizo que los judíos españoles disfrutaran de una amplísima libertad, tuvieran escuelas propias y se sirvieran durante largos siglos de su lengua libremente, sin que ésta sufriera cambio alguno. Salónica fue uno de los centros más importantes de los emigrantes, donde formaron más de la mitad de la población, con hasta 30 sinagogas, promoviendo un gran florecimiento comercial de la ciudad, a la vez que fundaron allí una universidad.

A diferencia de la política nacionalista tan característica de la mayoría de los países europeos, donde obligaron a los judíos sefardíes a abandonar su lengua, en el territorio del Imperio Otomano no se observó ninguna señal de esta índole hasta la I Guerra Mundial.

#### *LOS JUDÍOS SEFARDÍES Y SU IDIOMA*

El español que los judíos sefardíes llevaron consigo era el de finales del siglo XV y principios del XVI. Los sefarditas ibéricos conservaron, tanto sus costumbres religiosas como sus características españolas no judías y el empleo constante de la lengua castellana. Su nombre procede de la pala-

bra hebrea 'Sefarad' que significa España. Su idioma, el judeoespañol, tiene varios nombres. Por muchos fue considerado como versión „bastarda” del latín y lo designaron con distintos nombres como, por ejemplo: ladino, djidio, romance, espaniolit, lingua franca, zargón, español, etc. Según Max. L. Wagner, filólogo alemán, el judeoespañol es: „La lengua española en oposición al hebreo y sobre todo el español de los libros religiosos; *enladinar* quiere decir traducir textos hebraicos al español”.<sup>4</sup> Los rabinos llamaron „ladino” al lenguaje clásico del Antiguo Testamento y al de otros libros religiosos; esta lengua era para los judíos lo que el latín significaba para los católicos.

En el libro „Regimiento de la vida”, de Moisés Almosrino, publicado en Salónica en 1564, aparece la palabra ‘romance’ refiriéndose al español. Otro vocablo más es el ‘espaniolit’ que se aplica al judeoespañol que se habla hoy en día en Israel.

Este idioma español, hablado en lugares tan alejados de la metrópoli, en comunidades aisladas, conservó los rasgos fonéticos esenciales del español antiguo, que han permanecido con bastante claridad hasta nuestros días. De aquí se deduce el carácter más interesante del habla judeoespañola: su enorme arcaísmo. Al alejarse de la Península, los hablantes no participaron de las grandes transformaciones fonéticas que el español experimentó posteriormente.

La pronunciación del judeoespañol es, en líneas generales, la que indica la „Gramática Castellana” de Antonio Nebrija, conservando formas ya desaparecidas del lenguaje literario español. Por ejemplo, el judeoespañol mantiene la distinción entre *b* y *v*, neutralizada en español moderno, donde ambos sonidos se han transformado en *b*. Al lado de las formas arcaicas aparecen otros sonidos inexistentes en el español literario actual como consecuencia de una evolución interna del idioma o como resultado de influencias externas.

Es también notable el arcaísmo de muchas formas gramaticales y léxicas.<sup>5</sup> La conservación del carácter castellano del judeoespañol se explica por la naturaleza de las relaciones que existieron entre el judeoespañol y las lenguas que influyeron sobre él. Estas relaciones dependen de la duración del contacto, de su naturaleza, del grado de civilización y de cultura de las poblaciones que hablan las dos lenguas en contacto, de su posición geográfica y de la política lingüística.

En cuanto a la duración del contacto del judeoespañol con otras lenguas, este periodo fue bastante breve, puesto que por la existencia aislada de los ghettos, tuvieron pocas relaciones con los miembros de la sociedad en

que vivían y se limitaba principalmente al elemento masculino. Sus contactos con otros judíos se limitaban a contactos de orden administrativo o comercial. Las mujeres sefardíes no participaron en la vida política y social, por consiguiente, conservaron su lengua más tiempo que sus maridos. En un principio contrajeron matrimonia sólo en el seno de la comunidad sefardí, sólo más tarde hubo matrimonios mixtos.

En lo que se refiere al contacto con el idioma hablado por la comunidad que les acogía, la fuerza económica y política de las comunidades sefardíes impidió el proceso de decadencia del judeoespañol durante los primeros siglos después de su llegada. Esto acaece sólo cuando las comunidades judías pierden su importancia. Como vivieron en diásporas, entraron en contacto con varios idiomas; pero ninguno fue lo suficientemente fuerte como para modificar la estructura del judeoespañol.

El grado de civilización y cultura de los sefarditas fue superior al de los pueblos balcánicos entre los cuales vivía. Sólo cuando entró en contacto con la civilización francesa cambió esta situación.

A pesar de que estuvo en contacto durante largo tiempo con las lenguas balcánicas, sobre todo con el turco, sólo este último influyó en el judeoespañol, en primer lugar en su léxico. Al mismo tiempo la mencionada influencia del francés – alejado geográficamente, pero presente en las escuelas de la Alliance Israelite Universelle – fue más profunda, sobre todo en su fonética y sintaxis. De esto se deduce que el factor geográfico no es siempre decisivo: el contacto activo es, a veces, más importante que el contacto pasivo.<sup>6</sup>

Desde punto de vista de la política lingüística, el judeoespañol se desarrolla durante largo tiempo sin verse sometido a presiones políticas o sociales. Tan sólo cuando se forman las burguesías nacionales, se somete el judeoespañol a restricciones severas, se decreta el cierre de las escuelas de lengua española y llega a ser obligatorio aprender otras lenguas al cumplir el servicio militar. La razón fundamental que salvaguardó el carácter español del judeoespañol es la ausencia de un bilingüismo activo entre este idioma y las lenguas en contacto. Una lengua „muere” si sus hablantes optan por abandonarla en favor de otro idioma, y en el caso del judeoespañol es esto lo que ha ocurrido. El número de hablantes del judeoespañol disminuye con rapidez en comparación con la disminución de los hablantes de una lengua mixta. Dado que el judeoespañol permanece español hasta el momento de su desaparición por abandono, los que tienen intención de renunciar a él adoptan más fácilmente la segunda lengua. Es más fácil elegir, si tienen que elegir entre dos opciones y deciden en favor del sistema que juzguen superior.

*SEFARDITAS EN EL TERRITORIO DEL IMPERIO TURCO*

Sabido es que desde hace unos 500 años, los sefardíes conservan y hablan todavía con amor la lengua de una nación que los había obligado bajo pena de muerte a salir de la patria después de una estancia cuyos orígenes remontan a más de 2 milenios y medio, cuando lo lógico hubiera sido el abandono del español. Esta paradoja se debe al hecho de que el sefardí, al ser expulsado de la tierra en que vivió tanto tiempo, se encontraba en una situación contradictoria. Por razones de su propia historia, el sefardí olvidó por completo el lenguaje de sus abuelos bíblicos y se vió obligado a usar el instrumento parlante del pueblo entre el cual el destino le obligaba a vivir. El sefardí vivió entre romanos, árabes y cristianos, y bajo cada uno de estos dominios habló el latín, el árabe y el español.

Después de 1492, cuando los sefardíes abandonaron la Península Ibérica y se asentaron en el territorio del Imperio Otomano, llevaron consigo, no sólo la lengua española, sino también la liturgia, el rito y todas las Sagradas Escrituras que habían sido traducidas en lengua castellana unos siglos antes de la expulsión.<sup>7</sup> Durante varios siglos, en todo el Imperio Otomano, los niños sefardíes recibían una educación que estaba basada en los textos bíblicos transcritos en un castellano puro. Este idioma se perpetúa desde entonces, de generación en generación, sin alteración – ni fonética ni sintáctica – mientras que en la misma España y sus posesiones, el idioma sufría ciertas deformaciones. Los sermones de los rabinos en la sinagoga contribuyeron incluso más que la Biblia a perpetuar la tradición de la lengua española. ¿Cómo se explica que el rabino hable en castellano despojado de balcanismos, de palabras turcas, francesas, griegas y aun hebraicas? Quizás porque esta lengua es y fue siempre para ellos la lengua materna: „El castellano es y ha sido para los sefardíes el idioma de los romances y de las canciones recitadas y entonadas por las madres a los niños en la cuna”.<sup>8</sup> Este fue para ellos el idioma de los refranes, proverbios, adivinanzas y cuentos.

El conservadurismo de la tradición judeoespañola se explicaría por el aislamiento de las comunidades sefardíes con respecto a la Península. Así, se preservan entre los sefardíes curiosas reliquias, ya olvidadas en España: „Bernardo del Carpio”, „Los siete infantes de Lara”, „Las quejas de Ximena”, „El destierro del Cid”.<sup>9</sup> Para los ancianos, los antiguos romances siempre representaron el cordón umbilical que los ataba a la tradición, a aquel pasado en que viven, que es el único segmento del tiempo que reconocen como digno de ser vivido, y el que tratan de recordar para sus hijos.

Al establecerse en el Imperio Otomano, los sefardíes trajeron consigo las dos formas del español medieval: la forma escrita, literaria (el ladino) y el lenguaje corriente y cotidiano que se conservaron intactos durante largo



tiempo. „... sólo compran, venden y hacen negocios en español”.<sup>10</sup> La forma escrita del judeoespañol de los siglos XV y XVI difería muy poco del español literario de España en la misma época. Son abundantes los testimonios que revelan la conservación de la lengua con gran pureza, hasta un siglo después de su instalación en Turquía. Se cita siempre, a este respecto, el pasaje de Gonzalo de Illesca, cincuenta años después del éxodo (1574). Dice de los judíos de Turquía:

„Llevaron de acá nuestra lengua, y aún la guardan y usan de buena gana, y es cierto que en las ciudades de Salónica, Constantinopla, Alexandría y el Cairo y en otras ciudades de contratación, y en Venecia, no compran ni negocian en otra lengua, sino en español. Y yo conocí en Venecia hartos judíos de Salónica que hablaban castellano, con ser bien mozos, tan bien o mejor que yo.”

El número de comunidades en el Mediterráneo llegaban a un millar, de ahí la feliz expresión: ‘Mare Nostrum Sepharadicum’.

Algunos dialectos peninsulares también formaron parte del idioma judeoespañol. No obstante, hay diferencias de pronunciación y de léxico entre unos y otros, entre el grupo oriental y el occidental. Este grupo occidental se caracteriza por presentar algunos rasgos típicos de los dialectos del norte de España o de Portugal. En cambio, en el grupo oriental, las condiciones fonéticas recuerdan mucho más a las de Castilla.

Debido al prestigio económico y social de los sefardíes, los judíos de lengua griega, alemana o italiana, en el siglo XVI, adoptan la forma común del español de Oriente. El español corriente fue hablado por un número creciente de no españoles introduciendo expresiones y palabras de su antiguo idioma abandonado. Así se formó una especie de ‘koiné’, en que, al lado de las formas verbales y de los giros de los judíos portugueses y catalanes expulsados, se ven aparecer particularidades propias de los otros judíos no españoles. El idioma hablado por comunidades dispersas parecía ser homogéneo; los sefardíes que vivían en lugares distintos se entendían muy bien.

#### *COMUNIDADES SEFARDITAS EN LOS SIGLOS XVII-XIX*

Una vez establecida la Inquisición en España, muchos ‘cristianos nuevos’ se escaparon del país: buscaban países no católicos donde pudieran liberarse de su religión adoptiva y asumir su identidad judía. Se dirigían a centros protestantes como Amsterdam, Hamburgo y Londres, donde retornaban al judaísmo y fundaban sus propias comunidades. En la Francia católica

nominalmente contaban como cristianos, pero como allí no existía la Inquisición, formaban comunidades en Bordeaux, Bayonne y en otros lugares.

Muchos sefardíes se dirigieron hacia el Nuevo Mundo, pero como también en México se estableció un Tribunal de la Inquisición, algunos grupos secretos se establecieron en Brasil. Después de que los holandeses hubiesen tomado la ciudad de Recife en 1630, los judíos pudieron profesar libremente su fe. El Caribe también ofrecía a los recién llegados un ambiente favorable. Las potencias protestantes, Holanda, Inglaterra y Dinamarca se mostraban tolerantes hacia los colonizadores de distintas religiones. Los judíos siempre eran bien acogidos en el continente americano por ser dinámicos comerciantes de habla hispana.

La primera comunidad judía en el Nuevo Mundo fue establecida en Surinam, bajo el dominio británico, en 1635. Tras pasar a ser posesión holandesa, las comunidades sefardíes pudieron mantener sus privilegios, gozaban de libertad comunitaria y tenían sus sinagogas. Existían comunidades judías en las Islas Occidentales inglesas, en Jamaica, Barbados, en las islas Vírgenes, entonces bajo gobierno danés. Estas comunidades mantenían lazos permanentes con los centros rabínicos más importantes en Europa.

La segunda oleada emigratoria tuvo lugar hacia fines del siglo XIX, cuando los recién llegados se asentaron en el Caribe, en Panamá y en Costa Rica. También en este siglo muchos sefardíes emigraron a Argentina. Durante la primera ola emigratoria del siglo XX los judíos procedían del norte de África y de lugares de „habla árabe”, de Alepo y Damasco. Ellos fueron seguidos por los de „habla española” que llegaban de Turquía, Bulgaria, Grecia, Italia, Yugoslavia y Egipto.

#### *DECADENCIA DEL JUDEOESPAÑOL Y DE LAS COMUNIDADES SEFARDÍES*

La desaparición de una lengua, como toda evolución lingüística, es resultado de un largo proceso, durante el cual se produce toda clase de cambios, debido a causas internas y externas. La mayor parte de las causas internas se manifiestan sobre todo en la fase final del proceso; pero representan el factor decisivo en la muerte de una lengua. El judeoespañol ha sido abandonado, porque no se podía utilizar en todas las circunstancias, ni para expresar nociones abstractas. Para substituirlo, se debió recurrir a otras lenguas.

En cuanto a las causas externas, en el caso del judeoespañol, la disminución de su prestigio económico y político facilitó la decadencia de la cultura española de Oriente, y por consiguiente, la decadencia de su idioma.

Vamos a examinar cómo se llevó a cabo esta evolución, que tuvo como consecuencia la reducción de las comunidades sefarditas.

En un principio el fondo patrimonial del habla sefardí fue bastante compacto, y los sefardíes de diversas partes pudieron entenderse muy bien. Pero dado el largo aislamiento, ese patrimonio se fue perdiendo poco a poco. Muchas locuciones y voces se olvidaron completamente, y las lagunas producidas se fueron llenando con préstamos de las lenguas de las comarcas donde se habían establecido: en primer lugar del turco, italiano, griego, búlgaro, eslavo, árabe, etc. Como los mismos sefarditas utilizaban cada vez más préstamos, la lengua corriente se iba alejando del 'ladino'.

El judeoespañol se escribía en caracteres cursivos rabínicos desde hacía muchos siglos en todas las comunidades sefárdicas. Es un hecho que contribuyó en grado considerable a la decadencia del judeoespañol, puesto que constituye una especie de criptografía poco accesible a los no judíos; mientras tanto alejaba a los judíos mismos de la filosofía, ciencia y técnica de Europa Occidental y también de la patria madre. Los sefardíes de entonces raras veces se servían de la escritura latina, debido a que la casi totalidad de sus relaciones eran judías. Según un autor sefardí moderno „...el abandono del abecedario español fue la causa esencial de la decadencia intelectual del judaísmo de Turquía”. Los sefardíes usaban también otra ortografía especial, llamada en ciertas partes de los Balcanes, „el solitreo”. Era una de las asignaturas que se enseñaba en las escuelas de Turquía a los muchachos sefardíes. Se utilizaba en los negocios y en la correspondencia con los agentes o representantes comerciales en el extranjero. Los libros de contabilidad se llevaban en esta clase de escritura ladina. Hoy en día se usa más el abecedario latino.

Como consecuencia de la decadencia de la cultura sefardí, la forma literaria o escrita se emplea cada vez menos. Sólo permanece la lengua corriente, para transformarse en una lengua coloquial y acabar por desaparecer. La desaparición del judeoespañol se debe ante todo a la reducción de su esfera de uso, es decir, de su valor social como medio de comunicación.

Los antecedentes de este proceso se remontan al siglo anterior con la aparición de los primeros elementos capitalistas turcos y griegos del Imperio Otomano. A partir del siglo XVII los judíos españoles conocen periodos de prosperidad y de regresión, dependiendo de los distintos sultanes. Por consiguiente, debido a una reacción tan intensa contra los judíos españoles en el siglo XIX, por un decreto del sultán se les restablece en un nivel de igualdad con los musulmanes. Con el desmembramiento del Imperio Otomano van apareciendo estados nacionales en los Balcanes; al mismo tiempo que se esfuerzan por apartar a los sefardíes de la vida económica y

social. Los judíos españoles se vieron forzados así a asimilarse a los pueblos entre los cuales vivían.

Por motivos políticos sus relaciones con España fueron debilitándose poco a poco hasta llegar a extinguirse por completo. La expulsión separaba a los sefardíes de Iberia. Los españoles no sabían nada de los sefardíes. Esta separación dio lugar a una ignorancia mutua, y desde luego a un acercamiento de los sefardíes a la cultura religiosa hebraica. Esta manifestación de la decadencia engendró otras: desde el principio del siglo XIX las escuelas llamadas 'meldares', donde se enseñaba el ladino, fueron cerradas. Grecia, Bulgaria, Rumanía y Yugoslavia impusieron sus idiomas obligatoriamente en todas las escuelas. Aun en Turquía – donde hubo siempre considerable tolerancia hacia la religión y costumbres de la población no islámica – es el turco, desde entonces, el idioma oficial de toda la enseñanza. También fueron obligados a hacer el servicio militar, y debido a ello aprendían la lengua nacional del país. El conocimiento de esta lengua era indispensable para el ejercicio del comercio, ocupación fundamental de la mayoría de los judíos españoles. Debido al desmembramiento del Imperio, se ponen en contacto con comerciantes no españoles, lo que implica la degeneración de su estilo comercial y la transformación de su idioma.

La desaparición del idioma en Europa occidental fue mucho más rápida; se conservó como lengua litúrgica, y para fines prácticos se empleaban el inglés, el holandés y otras lenguas nacionales. Durante el siglo XIX se debilita el sentimiento religioso entre los judíos españoles, y la juventud pierde su interés por el ladino empleado en las sinagogas.

Junto a la decadencia de la cultura judeoespañola disminuyó rápidamente el número de escritos en ese idioma; aparecen cada vez menos libros y periódicos. Esta limitación de la posibilidad de conocer y emplear la forma escrita de esa lengua lleva a la lectura de publicaciones en otras lenguas. Faltaban también los libros judeoespañoles escritos con caracteres latinos.

La influencia francesa, varias veces mencionada, se hace más fuerte con el establecimiento de las escuelas de la Alliance Israélite Universelle en los Balcanes. Un grupo de personas inteligentes en Francia, deseosas de poner a los sefardíes en contacto con los centros de civilización europea, establecieron estas escuelas para provecho de los hermanos sefardíes. Francia, Italia y Alemania suplantaron la labor que España debió haber llevado a cabo, pero que no realizó. Se enviaron libros y periódicos a estos países, con lo que Francia permitió a la juventud sefardí poseer el instrumento soberano de la moderna civilización del siglo XX y tener acceso a la cul-

tura europea. Pero al hacer del francés la lengua de cultura, los jóvenes se apartaban de las viejas tradiciones españolas y del pasado histórico, que siempre se habían conservado fielmente en el recuerdo de los antepasados. El judeoespañol, que ya en aquel entonces se encontraba empobrecido, se contamina de galicismos e italianismos; el sefardí, sin embargo, no se asimiló al francés por completo.

El empobrecimiento general de la lengua también contribuyó a su decadencia. No había normas para la adopción de los nuevos conceptos surgidos con la civilización moderna. No nacieron palabras y expresiones nuevas; el idioma no sirve para cultivar las distintas ciencias. Su uso se limita al uso de la lengua corriente, ya no sirve para transmitir la cultura. En opinión de sefardíes cultos y de los jóvenes, el judeoespañol no es una lengua ‘elegante’. Se recurre al francés o a lenguas balcánicas: el judeoespañol se emplea sólo en familia como lengua conversacional.<sup>11</sup>

Hoy en día el judeoespañol se habla en grados muy diferentes. Hay personas que lo hablan con corrección, de acuerdo con las reglas gramaticales vigentes; mientras que otras de manera insuficiente, según reglas bastante imprecisas. Muchos ya se han olvidado de las formas correctas, no conocen la acepción puntual de las palabras, y utilizan cada vez menos la lengua. Estos fenómenos serán cada vez más frecuentes. Debido a la inseguridad de su conocimiento, se recurre muy frecuentemente a palabras extranjeras; al mismo tiempo hay toda una serie de expresiones que sólo se reconocen, pero que no se utilizan. Aunque muchas veces se conoce el significado de una palabra, sin embargo, no están seguros de ello, y esta incertidumbre, la mayoría de las veces ni se manifestaría si la respuesta fuera comprensible. No obstante, el número de palabras que forman parte del fondo pasivo del judeoespañol es considerable y va en aumento. La lengua cae en olvido por la disminución constante del número de palabras activas, lo cual restringe cada vez más sus posibilidades de comunicación y hace inútil su empleo.

Es un problema especial en el proceso de la decadencia del judeoespañol, su contacto directo con otras lenguas románicas, concretamente su contacto con el rumano y el italiano. Marius Sala, romanista, jefe de la Sección de Lenguas Románicas del Instituto de Lingüística de la Academia Rumana de Bucarest,<sup>12</sup> considera muy desesperante la situación del judeoespañol. Él fue el primero en plantear la cuestión de la influencia recíproca del rumano y el judeoespañol, en reconocer la urgencia del estudio de éste, su catalogación y análisis, antes de que fuera demasiado tarde.

En cuanto a su relación con el rumano, es un fenómeno natural en el caso de lenguas afines, que el número de préstamos es mayor que en casos

contrarios. Los rasgos comunes se hacen resaltar más entre la lengua que desaparece y la otra que se considera como norma. En razón de la afinidad de las dos lenguas en cuestión, la asimilación dio lugar al detrimento de la lengua en desaparición. Al formar parte de la misma familia, tienen una fonética similar. Esta analogía ha sido notada por los sefardíes de Bucarest, que a menudo tardan en encontrar la forma adecuada de la lengua elegida, pues ya confunden las dos lenguas. Las similitudes hacen perder a los sefardíes la sensación de emplear un lenguaje sagrado y secreto. Para comunicarse algunas cosas sin que los rumanos presentes puedan comprenderlos, recurren a palabras aisladas o hablan bastante rápido, para que no puedan ser comprendidos por los rumanos. A este respecto, el judeoespañol de Bucarest se parece al de Italia.

#### *SITUACIÓN ACTUAL DEL JUDEOESPAÑOL*

En razón de la notable dispersión de las comunidades judeoespañolas, casi en todo el mundo se habla su idioma. Las estadísticas publicadas por el Congreso Judío Mundial en 1954, arrojan una cifra de 1.174.000 sefardíes en el mundo, que se considera un poco exagerada porque se incluye a los sefardíes del Estado de Israel. El caso es que tiende a confundirse a los ladinos que hablaron el ladino (judeoespañol) durante generaciones – y cuyo origen hay que encontrarlo en la Península Ibérica – con los judíos orientales, que no estuvieron nunca en suelo español. Habría que denominarlos „judíos de países islámicos, cuyo idioma vernáculo es el árabe o el arameo o el persa”.

Hoy en día hay un millón de judíos que han conservado el castellano arcaico. Lo han conservado no sólo como lengua materna, sino como idioma espiritual, ritual y aun económico.

Actualmente en Israel viven unos 300.000 sefardíes bilingües, originarios en su mayoría del antiguo territorio del Imperio Otomano. En estos últimos 15 años han llegado miles de judíos del mundo hispánico, de América Latina y de los países de África del Norte. Después de la Segunda Guerra Mundial los judíos búlgaros, sin patria, se dirigieron a Israel para empezar allí una nueva vida, en la tierra de sus congénitos. Uno de ellos, acordándose de aquellos tiempos, dice:

„Mi madre se trajo, como todo equipaje, el uniforme con botonadura de Alfonso XIII que vestía mi abuelo, la bandera de España que ahora guarda bajo su cama y la condecoración de Isabel la Católica – la misma reina que había echado a sus antepasados de España – que lucía sobre la pechera”.

El país, 1996

En Israel los judeoespañoles tienen dos periódicos a su disposición: „El tiempo” y „La verdad”, así como media hora de emisión diaria de la „Radio Kol Israel” de Jerusalén.

En relación con el judeoespañol, el problema es cómo obrar y qué medios emplear, para que el habla y la cultura españolas se mantengan en Israel, donde el sefardí está amalgamado con el empleo de la lengua santa de la Biblia, el hebreo moderno. Es natural que éste sea la lengua madre de las nuevas generaciones. Gracias al Instituto Israel, Iberoamérica, España y Portugal, muchos progresos culturales ponen en contacto a los sefardíes con el Mundo Hispánico y su cultura. El Instituto Izhac Ben-Zvi se dedica a la investigación de las comunidades sefardíes y orientales. Su biblioteca constituye el centro más importante del mundo, donde se encuentran recogidas las colecciones más ricas de manuscritos, microfilmes, periódicos y ediciones de la producción literaria sefardí, en muchas lenguas y, sobre todo, en judeoespañol. Israel es hoy el „centro sefardí”.

La segunda comunidad más grande del mundo se halla en los Estados Unidos, cuyos miembros se trasladaron al otro lado del océano hace varias décadas. Aún conservan casi intacta el habla familiar de sus antecesores, así como sus tradiciones. Muchos turistas hispanos, al visitar Israel y algunas ciudades de los Estados Unidos, se maravillan de oír hablar a los sefardíes el español del siglo XVI. El Gobierno español debería cultivar y fomentar la enseñanza del castellano en estos países, subvencionando a tal fin a profesores de español.

La prensa judeoespañola nació en Esmirna en 1842 con „La buena esperanza”. Más tarde hubo unos 300 títulos; actualmente ya sólo los dos periódicos mencionados salen en Israel, y la publicación „Salom” en Estambul con una tirada de 3.500 ejemplares, de los que se envían 500 al extranjero.

En 1967 se crea la primera cátedra de judeoespañol en Francia, el Institut National des Langues et Civilisations Orientales. En 1974 se creó un Atelier Judeo-Espagnol, con lo que se contribuyó a la vuelta de los judeoespañoles a sus fuentes.

#### *LOS JUDEOESPAÑOLES Y ESPAÑA*

Después de la expulsión de los judíos, la patria madre, España, no prestó mucha atención a las comunidades sefardíes que se consideraban ser españolas, lo que en primer lugar se explicaba por motivos religiosos.

La jurisdicción española siempre se ocupó de cuestiones religiosas. La libertad religiosa de los no católicos quedó muy limitada a lo largo de la historia de España, incluso en los años setenta de nuestro siglo. Este con-

servadurismo se manifiesta en el concordato firmado con la Santa Sede en 1953, en el que se confirmaba la inferioridad de los no católicos en España. Más tarde, en 1965, el Papa Pablo VI también se ocupó de las relaciones entre la Iglesia y los judíos, sin producirse alteración alguna con respecto a la situación anterior. Aunque después de la muerte de Franco, muchos cambios tuvieron lugar en la vida del país, la condición jurídica de los judíos y demás no católicos en España no se vio alterada en absoluto.

La nueva Constitución promulgada en 1978 – que demostraba simpatía de parte de la Casa Real – declara la ‘libertad religiosa’ de todos los españoles. A partir de esta fecha muchos judíos de Marruecos, por motivos políticos, abandonan sus hogares y se integran en España. El crecimiento económico también atrajo a muchos judíos; en primer lugar a los que vivían en Sudamérica, que regresaron para probar fortuna en España. Sin embargo, la mayoría de los descendientes de los expulsados optaron por regresar a España por motivos emotivos que se ilustran muy bien en el siguiente fragmento:

„Una mañana de domingo, en Valladolid, allí donde estuvo tanto tiempo el corazón de España, David Salinas – el hijo de Señora, la judía de Estambul que ha vuelto a Israel para acabar sus días en la Tierra Prometida – enseña con orgullo su pasaporte español, que ha podido conseguir con solamente dos años de estancia en nuestro país gracias a la misma ley que ampara a latinoamericanos y guineanos. Quinientos años después, un sefardí vuelve a ser español”.<sup>13</sup>

Desde que Menéndez Pidal en 1907 adujo los testimonios de Gonzalo de Illescas y publicó el libro „Viaje de Turquía”, suele ser un lugar común hablar de cierto conocimiento que había en España sobre los sefardíes expulsados.<sup>14</sup> Estas relaciones fueron aflojándose y cesaron finalmente por completo. En los siglos XVII y XVIII Oriente aparece aislado y su tradición cortada con España desde entonces hasta hace varias décadas. Este aislamiento afectó al conocimiento de los sefardíes de los Balcanes: su vida fluyó en plena ignorancia de – y por – España. El siguiente „descubrimiento” de Menéndez Pidal se refiere a esta situación ambigua:<sup>15</sup>

„...sabemos (según carta recibida) que existen en Smirna, Salónica, Constantinopla y Viena varios periódicos escritos por judíos españoles y portugueses, en lengua española, con caracteres hebráicos unos, y otros latinos... De suponer es también que los que han sabido conservar en parte, durante tantos años, la rica habla de Cervantes, conservan también numerosas tradiciones de la época de su expulsión de nuestro suelo, que serán importantísimas para Portugal y España”.

Muy poco después de formularse este „descubrimiento”, los lectores españoles conocieron algunas de esas „tradiciones de la época de la expulsi-



ón”, y la literatura sefardí de Oriente se generalizó entre ellos gracias a la „Antología de líricos”, de Menéndez Pelayo. La inquietud alerta de Antonio Machado promovió por vez primera el interés de los españoles hacia otros españoles „sin patria”.

La fidelidad cordial del sefardí por su antigua patria, obliga muy directamente a España respecto a los que siguen sintiéndose hispanojudíos.<sup>16</sup> A partir de la segunda mitad de los años setenta, cada vez más acontecimientos demuestran este acercamiento. Por ejemplo, en 1976, el Congreso Judío Mundial se celebra en Madrid, donde se expresa el deseo de restablecer las relaciones entre España y los judíos, así como con el Estado de Israel. En aquel entonces los fuertes lazos de España con el mundo árabe evitaron que se establecieran tales relaciones.

Sin embargo, como muestras de interés de parte de la Corona española por la cuestión sefardita, se organizaron varios eventos culturales como, por ejemplo el „I Simposio de Estudios Sefardíes”; se creó el Instituto de Estudios Sefardíes, y en 1981 se celebró el „I Congreso Internacional” en Zamora, sobre „La España olvidada: Los judíos”.

#### *EL FUTURO DEL JUDEOESPAÑOL*

Las opiniones respecto al futuro del judeoespañol son, en general, pesimistas. Según algunos escritores y especialistas el judeoespañol va a desaparecer por completo; sin embargo, sigue aún existiendo. No se sabe con exactitud cómo se desallorará en el futuro, pero el hecho de que en Israel y en los Estados Unidos vivan muchos sefardíes es esperanzador. Es posible que los sigan nuevas generaciones, pero esto no se sabe a ciencia cierta. Quizás España pudiera hacer mucho más al respecto, participando en la enseñanza del español, elevando el nivel del judeoespañol; con lo que los sefardíes tendrían acceso a los tesoros de su literatura y de su ciencia. España ya ha hecho mucho, pero mucho queda por hacer. Al mismo tiempo las Academias de Ciencias de los distintos países latinoamericanos también podrían hacer mucho por fomentar entre los sefardíes la cultura y la propagación del idioma español.<sup>17</sup>

Para echar una ojeada al idioma judeoespañol, y al mismo tiempo oír una opinión optimista en cuanto a su futuro, leamos el siguiente fragmento de un anuncio emitido en „Voz de América” por un sefardí que nació en Salónica y que ahora vive en Nueva York:

„Como Prezidente del Comité de Educasi3n de la Ermandad Sefardit de Am3rica, tengo el gusto i el plazer de anunsiar a muestros corelizionarios Sefaradin de Israel i a todos los oyentes de radio en lingua espa-

niola de anunsiar como la *Voz de América* del Departamento de Estado de los Estados Unidos de América nos ofresió sus facilidades por comunicarnos ke oy a tenido lugar en la sivdad de Nueva York la distribución de premios a estudiantes sefaradim ke se distingüeron en sus estudios. Estos primeros son dados por nuestra sociedad con los vesh mas ariva la Ermandad gudía de América, con sus 2.500 miembros. Somos fortunados por ser destinados a bivar en estra gran democrasia americana ande gozamos de todos los derechos y privilegios con yena libertad de sivdadinos. Rogamos a Dios ke serkamente la mizma fortuna sea encontrada a todos los gidios biviendo en todas partes del muno”.<sup>18</sup>

Por fin, leamos unas palabras de don Miguel de Unamuno que continúan siendo tan proféticas hoy como hace más de medio siglo cuando las escribió:

„...Mientras los judíos de Oriente conservan el habla española y en habla española recen a Dios, al Dios de Abraham y de Jacob, mientras viertan en español sus sentires y sus añoranzas, será su patria esta España que tan injusta y cruel fue con ellos. Podrá decir alguno que sólo buscan en el español un recio atadero que los una entre sí y a los hijos de Israel esparcidos por el Oriente, pero ese recio atadero que los una entre sí los atará reciamente a España”.<sup>19</sup>

#### Notas:

<sup>1</sup> Hanh, I. (1995) *A zsidó nép története* Budapest: Makkabi

<sup>2</sup> Castro, A. (1983) *España en su historia, Cristianos, moros y judíos* Barcelona: Edit.Crítica.

<sup>3</sup> Arié, R. (1982) *Historia de España, III. España musulmana – Siglos VIII-XV*. Barcelona: Edit.Labor.

<sup>4</sup> Wagner, Max L. (1909) *Los judíos españoles de Oriente y su lengua* En: RDR,I. pp.56-63.

<sup>5</sup> Sala, M. (1970) *Estudios sobre el judeo-español de Bucarest* Universidad Nacional Autónoma de México, México.

<sup>6</sup> Molho, M. (1950) *Penetración de extranjerismos en el español de oriente* Madrid-Barcelona.

<sup>7</sup> Cohen, M. *Los judíos olvidados: los sefardíes del Mediterráneo* Sefardica, marzo de 1984 Año I-No l.

<sup>8</sup> Menéndez Pidal, R. (1958) *Los romances de América y otros estudios* Madrid: Austral. p. 118.

<sup>9</sup> Sala, M. (*Ob.cit.*)

<sup>10</sup> Wagner Max (1930) *Caracteres generales del judeoespañol de Oriente* Madrid: Anejo XII de la RFE.

<sup>11</sup> Sala, M. (*Ob.cit.*)

<sup>12</sup> Sala, M. (*Ob.cit.*)

<sup>13</sup> Anaut, A. (1995) *El largo destierro de los judíos españoles* En: El país, 1996.

<sup>14</sup> Alvar, M. (1969) *Variedad y unidad del español* En: Estudios lingüísticos desde la Historia, Madrid: Edit. Prensa Española.

<sup>15</sup> Menéndez Pidal, R. (1969) *Un „descubrimiento” del judeo-español (Reencuentros con la diáspora)* En: Alvar, M. (*Ob.cit.*)

<sup>16</sup> Perez F. R. (1971) *Los sefardíes y el artículo 22 del Código Civil español*

<sup>17</sup> Besso, H. (1964) *La situación actual del judeoespañol* En: Presente y futuro de la lengua española, I, Madrid.

<sup>18</sup> Besso, H. (1964) *Presente y futuro de la lengua española* Vol.I.Madrid.

<sup>19</sup> Unamuno, de Miguel (1905) De una carta de don Miguel de Unamuno al doctor Angel Pulido y Fernández, publicada en *Los españoles sin patria y la raza sefardí*, p. 104, Madrid.